

ristía... Jesucristo viene en nuestras almas para curarlas; y ¿qué reclama de nosotros, amados cristianos, por precio de esta curación?... Agradecimiento, fidelidad y amor... Pero, ó dulce Jesús, ¿Es esto pedirnos algo? ¿No es una alegría, una felicidad el amar al que nos sana, y darle gracias? Hay más, hermanos míos, no solo él sana gratuitamente las enfermedades de vuestras almas; sino que léjos de exigirnos el pago de sus cuidados, nos enriquece, nos colma de favores y derrama sobre nosotros sus más abundantes gracias. ¡Oh vosotros, que tenéis la dicha de recibirle de tiempo en tiempo, pedible no sólo la gracia de triunfar del vicio y vencer vuestras pasiones; á ejemplo de los santos, sed más exigentes, aspirad á cosas mal altas; pedible las virtudes, de qué necesitáis, suplicadle os conceda una fé siempre creciente, una esperanza más firme, una caridad más viva. No temáis ser indiscretos en vuestras demandas, fatigar su bondad y agotar su liberalidad. ¡Ah, si toda oración es oída favorablemente, lo es sobre todo la que dirigimos á este divino Salvador cuando tenemos la dicha de poseerle en nuestras almas!...

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, os decía que la santa Eucaristía habia sido instituida por nuestro divino Salvador para nuestra mayor ventaja. He tratado solamente de una manera superficial este asunto. Os he mostrado solamente como al caritativo médico, que sana nuestras almas de sus enfermedades. Y cuántos otros títulos aun habríamos podido darle. Él es Maestro celestial que ilumina y forma á los santos; es el pan de vida que nutre las almas, es la humilde víctima que apacigua la cólera de Dios, es el fermento divino que conserva la fé y la religión en medio de las corrupciones y desfallecimientos de la pobre naturaleza humana. « Quitad este sacramento de la Iglesia, exclamaba un santo, y qué quedará en el mundo, sino el error y la infidelidad! Los pueblos enteros serán como rebaños de animales esparcidos y entregados á la idolatría ó á la incredulidad, como se vé en los países heréticos ó infieles<sup>1</sup>. »

1. San Buenaventura, *apud Mansi*, Disc. 1, nº 8.

— Ah, hermanos míos, á veces se sorprende uno al ver, que Dios no castiga de una manera más terrible nuestras pobres sociedades. ¡Oh Dios, tantas blasfemias como se pronuncian é imprimen, tanta corrupción y degradación en las costumbres, tanta indiferencia y cobardía por el bien, tanto ardor y audacia por el mal, tantos crímenes como cada día se elevan hácia el Cielo como una nube siniestra; no atraerán el rayo?... ¡Ah, amados cristianos, sin el Dios de la Eucaristía, este rayo habría desde largo tiempo caído!

Pero, ved á este Jesús presente en tantos tabernáculos; ved esos millares de sacrificios ofrecidos cada día sobre tantas altares; ahí, pues, no lo dudeis, ahí está la fuerza, que detiene las venganzas del Altísimo... Sí, divino Salvador, no solamente sois el médico de nuestras almas, la fuerza, el sosten, la consolación, las delicias de los corazones piadosos; sino tambien la Providencia, que salva las sociedades. O Jesús, sed pues para siempre jamás alabado, bendito y adorado, en vuestro santo sacramento del altar... Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL CUARTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. LUCAS, V, 1-10.)

### Sobre el trabajo; manera de santificarlo.

TEXTO. *Præceptor, per totam noctem laborantes nihil cepimus: in verbo autem tuo laxabo rete. Et cum hoc fecissent, concluderunt piscium multitudinem copiosam.* Maestro, habiendo trabajado toda la noche, nada hemos tomado: mas en tu palabra echaré la red. Y habiéndola echado, cogieron gran multitud de peces.

EXORDIO. Hermanos míos, Nuestro Señor comenzaba su vida pública, y fué pocos meses despues de ser bautizado por san Juan Bautista, que tuvo lugar el milagro relatado en el Evangelio del

día de hoy. « Y aconteció que estando él junto al lago de Genezareth, las gentes se agolpaban á su redor, para oír la palabra de Dios, y vió dos barcos que estaban cerca de la orilla del lago, y los pescadores, habiendo descendido de ellos, lavaban sus redes. Y entrando en uno de estos barcos, el cual era de Simon, le rogó que le desviase de tierra un poco, y sentándose, enseñaba desde el barco á las gentes. Y como cesó de hablar, dijo á Simon: Tira á alta mar, y echad vuestras redes para pescar. Y respondió Simon: Maestro, habiendo trabajado toda la noche, nada hemos tomado; más en tu palabra, echaré la red. Y habiéndola echado, cogieron tan gran multitud de pescado, que la red se rompía; é hicieron seña á los compañeros que estaban en el otro barco, que vinieran á ayudarles; y vinieron, y llenaron ambos barcos, de tal manera que casi se sumergían; lo cual viendo Simon Pedro, se arrojó á los piés de Jesús diciendo: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador. Porque, á vista de la gran pesca que acababan de hacer, él se sintió sobrecogido de pavor, lo mismo que los que estaban con él. De igual manera se espantaron Santiago y Juan, hijos del Zebedeo, que eran compañeros de Simon. Y Jesús dijo á Simon: No temas; desde ahora serás pescador de hombres. Y sacados á tierra los barcos, dejándolo todo, le siguieron. »

Admiremos, amados cristianos, no solamente el prodigio de esta pesca milagrosa hecha segun el mandamiento de Jesucristo, sino la humildad de san Pedro derribándose á los piés del Salvador, y sobre todo la docilidad con que los cuatro Apóstoles, designados en este Evangelio, lo abandonan todo, para seguirle. Así, tambien nosotros deberíamos escuchar su voz, seguir sus inspiraciones y responder fielmente á los designios, que tiene sobre nosotros.

PROPOSICIÓN. Me propongo, hermanos míos, explicaros esta mañana las pocas palabras de este Evangelio, que os citaba al principio: *Maestro, habiendo trabajado toda la noche, nada hemos tomado: más en tu palabra echaré la red. Y habiéndola echado, cogieron tan gran multitud de pesces, que la red se rompía.*

DIVISIÓN. Aprendamos cómo debemos santificar nuestro trabajo, viendo: *Primero*: que el trabajo ejecutado sin Jesucristo y fuera de él es un trabajo estéril; *segundo*: que el trabajo cumplido segun el orden de Jesucristo y en unión con Él, es sumamente meritorio.

*Primera parte.* Hermanos míos, el Espíritu Santo nos enseña que el hombre está sobre la tierra para trabajar, como el pájaro para volar por el aire<sup>1</sup>. Y, en efecto, cuando Dios puso Adán en el paraíso terrestre, le había ya impuesto como deber el trabajo. Debía guardar y labrar este huerto de delicias<sup>1</sup>. Este trabajo hubo sido agradable y fácil, si nuestros primeros padres hubiesen permanecido fieles á Dios; pero despues de la caída, fué el trabajo impuesto al hombre como una penitencia. Escuchad lo que Dios dice á Adán: « Con el sudor de tu rostro comerás tu pan, cultivarás la tierra con muchas penas, y rebelde élla á tus cuidados, muchas veces no te producirá sino cardos y espinas<sup>2</sup>. » Inútil, hermanos míos, insistir por más tiempo sobre la necesidad y obligación que tenemos todos de trabajar, los unos de una manera, los otros de otra; trabajo de inteligencia para los que ocupan ciertos empleos, (y sabedlo bien, este trabajo no es ni el ménos penoso ni el ménos fatigoso;) trabajo de cuerpo para los que ejercen ciertas profesiones: labradores, viñadores, carpinteros, carreteros, y tantas otras artes que sería demasiado largo enumerar.

Hé aquí pues el principio incontestable: cada hombre tiene obligación de trabajar; rico ó pobre, es menester, para cumplir los designios de Dios sobre nosotros, que tengamos ocupaciones. Por lo demás, ¡desdichado del hombre ocioso!... Cualquiera que sea la situación que ocupa, vosotros mismos le comparáis, con razon quizás, á esos animales inmundos, que se encierran en casas estrechas, para mejor engordarlos...

Pues bien, hermanos míos, siendo el trabajo para nosotros un deber, una necesidad, examinemos juntos lo que es, cuando so-

1. Job., v, 7. — 2. Gen., ii, 15.

mos separados de Jesucristo, cuando descuidamos ofrecérselo. Tenemos un ejemplo en el Evangelio de este día: « Maestro, dicen los Apóstoles, hemos trabajado toda la noche sin provecho alguno; pues nada hemos cogido. » Y de hecho, el trabajo separado de Jesucristo es al mismo tiempo un trabajo penoso y sin resultado.

Ved, en efecto, hermanos míos, á ese obrero, ese labrador, ese artesano, que no creen en Dios; encorvados durante largos días, el uno sobre su arado, el otro sobre la máquina que conduce, ó sobre los instrumentos, que maneja, ¿ qué hacen?... Decidme, si el pensamiento del cielo, si el pensamiento de Dios que les mira y bendice, no viene á sostenerlos, fortalecerlos, animarlos, ¡ cuán punzante debe ser su fatiga! ¡ Cuán áspero es este sudor que mana de sus frentes, y les corre por sus miembros! Teniendo el corazón embrutecido por la avaricia, ó atormentado por la envidia, podrá bien el labrador animarse por el pensamiento de aumentar sus campos, el artesano, el obrero por la esperanza de que en el día de la paga, y al cabo de la quincena, podrá entregarse á algunas horas de embriaguez y de orgías. Pero ¿ unos pensamientos tan rastreros, una esperanza tan ruin pueden ser motivos bastante dignos y poderosos para un corazón medianamente honrado? Y vosotras mismas, mujeres cristianas, que me escucháis, ¿ no sentís por vuestra propia experiencia, cuán penoso es el trabajo diario, sea que vayáis á los campos, desafiando el frío ó el calor, para entregaros á los duros trabajos de la tierra, sea que la aguja á otros labores reclamen todos vuestros instantes? ¿ No sentís, repito, cuán penoso debe ser un trabajo ejecutado sin el sentimiento del deber y fuera de la esperanza del Cielo?...

Sí, el trabajo sin Jesucristo es un trabajo de noche, es muy penoso, y además estéril, suponiendo aun, hermanos míos, que obtengamos un buen salario... Labrador, tus votos son oídos, esta fanega de tierra que querías comprar, está en posesión tuya; has construido este grande hórreo, objeto de tus sueños!... ¡ Ah! amado hermano mío, sin hablar de estas enfermedades prematuras, de esos dolores agudos, consecuencia de tu avaricia y de tu

tenacidad en el trabajo, esos terrenos adquiridos, esos edificios construidos, ¿ te parecen una recompensa suficiente de todas tus fatigas?... Si es así, te compadezco. La muerte no tardará en llegar, y de los frutos de tus penosos trabajos, ¿ qué te quedará?... No los ignoras; un ataúd y dos centiáreas de tierra que ni tuyas serán!... ¿ Os mostraré yo ahora, hermanos míos, cuán estéril es el trabajo del artesano, del obrero de nuestras aldeas ó de nuestras ciudades, que no conoce ya á Jesucristo, que no sabe tampoco ofrecerle sus fatigas y sudores? Por subido que sea su salario, ¿ no lo halla insuficiente? ¿ No está su corazón ulcerado por el odio y la envidia? ¿ Por ventura su ojo, enrojecido por el hervor de todas las codicias, no lanza una mirada envenenada sobre la fortuna de los ricos, y hasta sobre las economías de los mas humildes labradores? Sí, sin Jesucristo el trabajo es penoso; sí, sin Jesucristo, el trabajo es estéril, y sea cual fuere el precio con que se paga, desde el momento que las recompensas eternas están excluidas, el salario es siempre insuficiente!... Sed, estad ciertos de éllo, por no conocer á Jesucristo por no asociarse á Él en el trabajo hay tantos y tan pobres obreros que se abandonan á la intemperancia, se enredan en conspiraciones secretas, y meditan la ruina de la sociedad...

*Segunda parte.* Pero, hermanos míos, si el trabajo, que no es ofrecido á Jesucristo, que no está hecho en unión con él, es al mismo tiempo el más penoso y estéril, ved, por el contrario, lo que es, cuando está ejecutado segun el orden de su Providencia.

Oh Señor muy amado, podíais acá en la tierra ser el primero entre los más honrados y poderosos, y habéis querido ser solamente un artesano. Sed por éllo bendito!... Pero, sin duda, ó Jesús mío, vos vais á escoger una profesión honrosa y fácil; el pincel del artista ó la pluma del sabio... No, hermanos míos, no tomará ni siquiera el cayado del pastor, ni el aguijón del labrador, sus padres son demasiado pobres, y no tienen rebaños que conducir, ni campos, que cultivar. Será el hacha del carpintero, el modesto cepillo del ebanista que manejarán sus divinas manos... Por lo ménos, Hijo muy amado de la Virgen María, puesto que

os dignáis ejercer la humilde profesión de José, vuestro padre nutricao, os mostraréis sin duda alguna muy hábil en este arte!... Cómo debéis perfeccionarlo, enriquecerlo con hermosas invenciones; pues en fin, sois Dios!... No, hermanos míos, Jesucristo quiere ser el modelo y el estímulo del obrero el más humilde, el más ordinario; nada distinguirá su trabajo, y como el más pobre, esperará de su trabajo el pan diario, que habrá de nutrirle!... ¡ Oh piadoso José, oh santa Virgen María, cuál debió ser vuestra admiración viéndole humillarse, rebajarse así!... Pero también, qué estímulo y qué consolación para vosotros todos, que con el trabajo de vuestros brazos debéis ganar como Él vuestro pan diario!... Sí, nuestros trabajos, sean cuales fueren, si sabemos ofrecerlos á Jesús, ejecutarlos en unión con Él, hácese más fáciles y nos llevan mejor provecho. « Los Apóstoles, dice el Evangelio de este día, habían trabajado toda la noche sin resultado alguno, su pesca había sido estéril. » Jesús estaba ausente, pero héle aquí en el barco. Á su mandamiento, echa san Pedro las redes, no es ya un trabajo nocturno, el sol brilla al horizonte, y la red puede desenvolverse con menor dificultad, que en medio de la oscuridad de la noche... Acudid, ó hijos del Zebedeo, venid á ayudar á vuestros compañeros; Pedro y Andrés han echado sus redes por orden de Jesús, que estaba en su barco, y hé aquí que estas redes van á romperse, tan copiosa es la multitud de pescado, que han cogido... Echaron la red solamente una vez y en medio del día: trabajo fácil; la pesca es muy abundante; trabajo fructuoso... Es el efecto de la presencia de Jesús...

Así es, amados cristianos; de nuestras ocupaciones todas, de todas nuestras fatigas, de todos nuestros trabajos ofrecidos á Jesús, unidos á los suyos, cuanto no pierden en sus dificultades? ¿ Cuán agradables y fáciles se hacen á veces también? Ved, á este labrador conduciendo su arado, el sol radia sobre él sus rayos los más ardientes: es san Isidro, el patron de los labradores. Qué buen humor! Como la paz, que reina en su corazón, se refleja en su rostro!... ¿ Cómo! vuestros miembros son ennegrecidos por ese ardiente sol de la España, son bañados de sudor;

estáis deslomado por la fatiga, y cantáis himnos y salmos, ¡ oh piadoso labrador!... Sin embargo, vuestros trabajos son muy penosos!... Vedle levantando sus ojos hácia el cielo... « ¡ Ah, Jesucristo ha trabajado durante el tiempo que vivía sobre la tierra, ha conocido la fatiga, quiero unir mis trabajos á los suyos y mezclar mis sudores á sus sudores: ¡ oh cuán dulce es el pensar en Jesús! » ¡ Ah sí, hermanos míos, nada tan apropiado para aligerar y disminuir la fatiga que experimentamos en nuestros trabajos, como el ofrecimiento que hacemos de los mismos á nuestro buen Salvador.

No solamente el trabajo hecho en unión con Jesucristo hácese más fácil, sino que es más provechoso y meritorio. Podría mostraros que, aun sobre la tierra, Dios bendice de una manera especial aquellos que le son fieles y que trabajan en unión con él, ya favoreciéndoles en sus empresas, conservándoles una salud más floreciente, ya preservando sus corazones de los malas pasiones, alejando de ellos la pereza, la ambición, la borrachera, fuentes habituales de miseria y envilecimiento... Pero no, hablemos sobre todo de las recompensas eternas.

Ciertamente, lo vemos todos los días; quiérase ó no se quiera, es menester que cada uno traiga su cruz; que la acepte con resignación y la traiga en pos de Jesucristo bendiciéndole; que haya quien la lleve con rabia y la arrastre vomitando blasfemias, élla tiene siempre su peso, mucho más penoso para aquel que la recibe como impío, que para aquel que la acoge como cristiano... Así pasa con el trabajo, que es una ley de nuestra naturaleza, una necesidad, á que es imposible sustraernos!... Pero ¡ qué dichosa necesidad para las almas que tienen la fé, y qué magnífica recompensa puede merecernos este trabajo diario, si sabemos santificarlo, ofreciéndolo á Dios, aceptándolo como un deber de nuestra condición y como una penitencia impuesta á nuestra pobre naturaleza desde su caída en el paraíso terrenal!

Leemos en la vida de san Vicente de Paul un acto de caridad

verdaderamente sublime. Un pobre galeote estaba para caer en la desesperación; el santo que tuvo lástima de él, pidió ocupar su puesto, y Dios permitió que el cambio fuese aceptado. Hé ahí á Vicente de Paul encadenado, mezclado con los galeotes y compartiendo con ellos el calabozo, que les reunía y los trabajos forzosos, á que estaban condenados. Los unos dan alaridos, blasfeman, maldicen la sociedad; pero él, al ver sus cadenas, pensaba en las de Jesús; al tomar parte en los trabajos de los galeotes, reflexionaba en los trabajos de su divino Maestro y en las fatigas, que había sufrido <sup>1</sup>. Decidme, hermanos míos, quién á vuestro parecer era más digno de lástima, ó el santo sufriendo alegremente y con fé esta esclavitud voluntaria, ó los desdichados que la llevaban con la rabia y blasfemia en el corazón? ¿Para quién eran los trabajos menos penosos, y sobre todo á quién merecían las mas hermosas y gloriosas recompensas?... Pues bien, amados cristianos, es esto la historia de la vida. Estamos todos, como os decía, estamos todos condenados al trabajo; sin Jesucristo este trabajo es duro y estéril; con Él hácese fácil y meritorio.

PERORACIÓN. Ah! Amados hermanos míos, doy una importancia particular á esta instrucción. Querría induciros con eficacia á santificar bien vuestro trabajo, á hacerlo provechoso para el Cielo... Excita la admiración el rasgo de santa Isabel, reina de Hungría, llevando sobre sus hombros delicados un pesado haz de leña destinado á calentar una familia indigente. En efecto, este rasgo merece nuestra admiración. Encontramos aquí no sólo la

1. Este rasgo de la vida de san Vicente de Paul ha sido objeto de una viva discusión entre dos de los más célebres panegiristas de este santo. El abate Maury habíalo citado y había sacado del mismo un hermoso monumento de elocuencia. El abate de Boulogne en el elogio del mismo santo parece negar este rasgo sublime de abnegación. Un sabio comentario puesto al fin del panegirico del abate Maury restablece la verdad de este hecho, relatado además por la mayor parte de los historiadores del santo y consignado en las actas de su canonización. Acabamos de leer lo que dice á este propósito el defensor más reciente de la opinión de Monseñor de Boulogne; no nos ha convencido. Nuestra opinión es la de Abelli, de Collet, del cardenal Maury, etc., etc.

caridad, sino tambien una virtud llevada hasta el heroísmo. Verdaderamente siéntese uno conmovido, al representarse esa pesada carga sobre hombros reales! Pues bien; vosotros todos los que trabajáis no sois de otra naturaleza, y si supieseis ofrecer vuestro trabajo á Dios, cada esfuerzo que hacéis, cada gota de sudor que mana de vuestra frente, os serían tenidos en cuenta para el Cielo!... ¡Oh Cristianos, cuántos tesoros perdidos! ¡Oh mis queridos amigos, cuán fácil nos sería hacernos santos!

Supongamos que un hombre rico, criado con delicadeza, que una señora de alto rango, como las que se encuentran en las ciudades, recibiesen de sus confesores como penitencia, la obligación de entregarse, solo un día, á vuestras ocupaciones de segar, labrar ó hacer á alguno de esos trabajos, que son diarios para vosotros... ¡Cuán dura sería esta penitencia y cuán meritorio sería para ellos el cumplimiento de la misma. Este mérito, hermanos míos, podeis obtenerlo vosotros. Sí, cuando trabajáis, levantad vuestros ojos hácia el cielo; en medio de vuestras fatigas pensad en Jesucristo... Acordaos que viviendo Él sobre la tierra, no escogió ni la pluma del sabio, ni el cetro del monarca, ni la espada del conquistador; que aquella misma mano, que formó la tierra y los cielos, que encendió los soles en el espacio, que midió el Océano, se ha endurecido al contacto de los instrumentos del obrero. O Divino Jesús, modelo de los pobres, de los obreros, os suplicamos nos enseñeis á santificar nuestro trabajo uniéndolo al vuestro, no limitando nuestras esperanzas á esta ganancia necesaria para sustentar esta pobre vida, que pasa como el agua; sino hacednos suspirar hácia esa otra vida, en donde nuestras fatigas y sudores serán recompensados con una dicha eterna y un descanso que no tendrá jamás fin. Así sea.